

Cuba: Coexistencia o Revolución (Extractos)	Titulo
Gilly, Adolfo - Autor/a	Autor(es)
OSAL, Observatorio Social de América Latina (Año 10 no. 25 abr 2009)	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2009	Fecha
	Colección
Burocracia; Igualdad; Planificación nacional; Política internacional; Sindicatos; Política; Historia; Revolución; Cuba;	Temas
Artículo	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/osal/20110418065300/07gilly.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Cuba: coexistencia o revolución

(extractos del libro publicado por
Perspectivas y Monthly Review en 1964)

ADOLFO GILLY

El libro es el resultado de la actividad en Cuba de Gilly, entonces joven militante y periodista, en los primeros y decisivos años de la revolución (1962 y 1963). Eran los años en que se estuvo al borde de la guerra nuclear precisamente por los cohetes soviéticos instalados en Cuba, los años del conflicto chino-soviético, los años en que Cuba, para defenderse, tuvo que aproximarse a la URSS, lo cual impulsó un proceso interno de burocratización. Su escrito, inusual entonces entre la apología ciega y la denigración de la revolución, desató fuertes polémicas y hoy, sin embargo, es prácticamente desconocido por las nuevas generaciones. Por ese motivo y por la actualidad de muchos de sus análisis a 45 años de su redacción publicamos algunos extractos, respetando la terminología del autor en el momento en que escribió su obra.

Adolfo Gilly es un conocido historiador y escritor y enseña en la UNAM, México.

LA REDACCIÓN DE OSAL

Advertencia

(...)

Este trabajo quiere ser y es, también, diferente de la mayoría de lo que se publica corrientemente sobre Cuba. Colocado incondicionalmente del lado de la revolución, nada tiene que ver, sin embargo, con las visiones turísticas de la revolución, con las idealizaciones almibaradas y vacías de un proceso revolucionario, rico y contradictorio como la vida misma.

Están de más, a esta altura, los escritos sobre Cuba que se dedican todavía a marcar la diferencia con el pasado capitalista, contruidos según el esquema de “antes” y “ahora”. Eso ya es claro para todo el mundo, ya la revolución hace mucho que ha ganado su derecho a la existencia. Lo que interesa considerar hoy, en la revolución cubana, es qué se hace, por cuáles vías avanza, qué obstáculos internos y externos encuentra, qué se puede hacer y cuáles son las fuerzas y los métodos para hacerlo. Lo importante no es hacer un simple elogio de la revolu-

ción, sino plantear sus problemas, mostrar sus experiencias y señalar las formas reales de su vida interior, política, económica y social.

Desde que las líneas de la introducción fueron escritas, la lucha de tendencias en el seno de la revolución ha continuado y se ha intensificado, en la misma medida en que lo han hecho la discusión chino-soviética y el proceso mundial de revolución.

No están aquí todos los problemas. No están, por ejemplo, la cuestión vital y decisiva del partido (o de los partidos) en la revolución, la situación de la educación, las discusiones sobre arte. Pero todas estas cuestiones —y otras— aun siendo importantes, están subordinadas a las líneas esenciales aquí esbozadas y a la lucha entre revolución y coexistencia, igualdad y privilegios, democracia obrera y burocratismo, revolución y contrarrevolución.

Las cuestiones planteadas en este trabajo figuran entre las centrales de esa lucha y serán decisivas en toda la presente etapa de la revolución.

Capítulo I – ¿Industria o agricultura?

“La industria es el motor y la agricultura es la base del desarrollo”, dicen los chinos. Pero ¿hay que dar prioridad a la agricultura para obtener los medios para desarrollar la industria o hay que dar prioridad a la industria para impulsar el desarrollo de una agricultura moderna y productiva? Este es uno de los varios dilemas que se le plantea a Cuba en este momento, tanto en política interior como en política internacional. Y estos dilemas se organizan en constelaciones interrelacionadas, de modo tal que resolver uno en un sentido, es ya tirar en cadena todos los otros en la misma dirección.

No basta con decir que se debe establecer una “justa proporción” y una “relación armónica” entre ambos sectores. ¿Cuál es esa proporción y dónde está la armonía? La respuesta nos arroja de lleno en el terreno de la política y en el centro de las polémicas en curso entre los dirigentes y los cuadros técnicos, económicos y políticos de la revolución cubana.

En los primeros años de la revolución, y casi hasta 1962, el equipo dirigente creyó poder industrializar Cuba en corto plazo y desarrollar una industria completa, incluso productora de bienes de producción. Esta concepción chocó con la realidad y ha sido abandonada por los dirigentes cubanos: Che Guevara ha reconocido más de una vez el error, la última de ellas en su intervención en las discusiones sobre planificación en Argelia.

Pero esto no significa que se haya abandonado la idea de industrializar el país, siendo la industria la base del progreso y de la elevación del nivel de vida de la población. Ahora bien ¿de dónde sacar los fondos para la industrialización?

Cuba es un país que depende en gran medida de su comercio exterior. Con lo que obtiene por el azúcar, el tabaco y otros productos agrícolas, adquiere los productos industriales que necesita. Esta estructura, heredada del pasado capitalista y semicolonial, no podía ser cambiada por un pacto de voluntad, sino por una planificación del sucesivo desarrollo. Pero para este cambio, hacen falta fondos. Y esos fondos, durante toda la etapa inicial, no pueden provenir sino de dos fuentes: el financiamiento internacional y los recursos que ingresan al país por el comercio exterior.

Aunque a Cuba se le cerró el acceso al financiamiento de los países capitalistas, tiene en cambio los créditos concedidos por los países socialistas, a comenzar por la Unión Soviética. Pero dichos créditos, a parte de no ser ilimitados, deben dedicarse en buena parte a cubrir los gastos enormes que está significando para Cuba, cada día, la transformación de todo su equipo industrial, de toda su tecnología, heredada de los norteamericanos, a la del campo socialista. No hay por ahora, de todos modos, otra alternativa: el bloqueo es muy fuerte y maquinaria norteamericana que se para por falta de repuestos, es muy difícil volver a ponerla en marcha. Hace falta una nueva, importada del campo socialista, y piénsese lo que esto significa para un país subdesarrollado y sin grandes recursos financieros. El bloqueo sin paradoja, está ocasionando a Cuba destrucciones equivalentes a una pequeña guerra. Sin comprender esta realidad, no tiene sentido ponerse a hablar en abstracto sobre las dificultades de la economía cubana atribuyéndoselas a la nacionalización y la planificación.

Dichos créditos, por otra parte, han colocado a Cuba en una situación de desbalance comercial, con la Unión Soviética particularmente, que introduce un nuevo elemento de presión sobre toda la política de la revolución cubana. Cuba es deudora de la Unión Soviética, y esa deuda ha ido aumentando en lugar de disminuir, situación que no desagrada en absoluto al gobierno norteamericano que como es lógico, confía más en Khrushchev que en Fidel Castro.

Por otro lado, los recursos que el comercio exterior, la exportación, provee a Cuba, provienen fundamentalmente del azúcar. Y la producción de azúcar cayó hasta alcanzar su punto más bajo en la última zafra, mientras las destrucciones del ciclón anuncian una zafra aún menor para el año próximo.

A su regreso de la Unión Soviética, Fidel Castro puso mucho más el acento sobre la necesidad de desarrollar el cultivo de caña de azúcar y la producción azucarera, y de dedicar todas las energías a la agricultura como base de desarrollo del país. Teniendo un mercado seguro para el azúcar en los países socialistas, dijo, de allí deben salir los recursos para el desarrollo económico del país. No sólo en la caña insistió Fidel Castro, sino también en la ganadería, en la cual, dijo, nada se opone a que Cuba, con el necesario esfuerzo, alcance los niveles de rendimiento de países como Holanda.

Esto significaba, en su concepción, dedicar mayores recursos al campo, recursos que sólo pueden obtenerse disminuyendo los destinados al desarrollo industrial inmediato. En un discurso posterior puso un signo de interrogación, por ejemplo, sobre el proyecto de construcción de una planta siderúrgica en Santiago de Cuba, ya aprobado anteriormente.

Cuba necesita aumentar la productividad agrícola; esto lo reconocen todos en la isla. En las granjas del pueblo, el costo de producción es considerablemente superior al de los agricultores privados. Y será muy difícil convencer a éstos de las ventajas de la asociación en tanto no las vean en la práctica, ante todo en un mayor rendimiento de las tierras nacionalizadas.

Entre los mismos agricultores privados, ha habido un sector desinteresado en aumentar el rendimiento. Esto se debe en parte a motivos políticos, a una actitud de resistencia pasiva, cuando no activa, de los campesinos acomodados contra el gobierno revolucionario. La llamada "segunda reforma agraria", es decir, la recién

te nacionalización de todas las propiedades mayores a cinco caballerías (67 Ha.) y hasta 30 caballerías –que en total eran más de seis mil en toda la isla– ha sido un golpe dirigido contra ese sector.

Pero esto no termina de resolver los problemas. Aun el pequeño agricultor tiene sus motivos para no aumentar demasiado la producción. El mide sus resultados, sus beneficios, no a través de la cantidad de dinero que le paga el Estado, sino sobre todo por lo que puede comprar con ese dinero en el mercado.

Y en el mercado, actualmente, no puede comprar muchos de los productos industriales que antes se importaban y que ahora no hay.

Para estimularlo a producir más, es necesario que los almacenes del Estado, las Tiendas del Pueblo en el campo, le ofrezcan mayor variedad y cantidad de artículos. Y aunque las tiendas están bien surtidas según los actuales niveles cubanos, es indudable que también allí se hacen sentir los efectos del bloqueo.

En este punto es donde los defensores de la prioridad del desarrollo industrial sostienen que para estimular el aumento de la producción agraria hay que dar impulso inmediato a la producción de artículos industriales. Y que por otra parte, elevar la productividad en las granjas del pueblo no depende tanto de mayores inversiones –que deberían ser retiradas de la industria y que, a partir de cierto punto, tendrían un rendimiento no proporcional– sino de una mejor organización del trabajo y de la producción en general, que a su vez está ligada a un desarrollo de la industria. Pues no hay ningún motivo para que, según la estimación de los técnicos cubanos, cada peso de producción esté costando en las granjas aproximadamente un peso y veinte centavos, ni para que el agricultor privado siga teniendo, con menores recursos técnicos, un rendimiento bastante superior.

Tampoco los artículos industriales de consumo pueden importarse en gran cantidad de los países socialistas; por un lado por la falta de divisas y el constante aumento del desbalance comercial, por el otro porque aquellos países tienen también penuria de esos artículos en sus propios mercados.

En cuanto a alcanzar la productividad ganadera de Holanda, parece también una esperanza tan aventurada como la de desarrollar una industria completa en pocos años. Pues esa productividad no son los países subdesarrollados, sino los industrializados, con toda la estructura técnica y social, que esto significa, quienes están en grado de lograrla.

Desde este punto de vista, de cualquier lado que se parta, la prioridad correspondería a la industria.

En sus recientes discursos, Fidel Castro ha dejado nuevamente sin definición el dilema, mientras la polémica interior se desarrolla entre el sector “industrialista”, encabezado por el Ministro de Industrias, comandante Ernesto Che Guevara, y el sector “agrario”, representado por Carlos Rafael Rodríguez, presidente del INRA (Instituto Nacional de la Reforma Agraria), proveniente de la vieja dirección del Partido Socialista Popular (Comunista) de Cuba.

La polémica se entrecruza con otros problemas, principalmente la política internacional y la política de organización económica interior. Allí, como veremos, los alineamientos se repiten.

(...)

Capítulo III – Los sindicatos en Cuba

Quien pretenda pintar a la revolución cubana como una unidad monolítica sin fallas, sin contrastes internos, sólo puede ser un ingenuo o un falsificador, interesado en ocultar el rico proceso interno de la revolución.

La revolución se desarrolla a través de la contradicción, y no sólo a través de la contradicción con el enemigo imperialista, sino entre las propias fuerzas y tendencias que la componen. De esa dinámica interior, y no de la cabeza de dos o tres jefes, sale la vida real, la línea práctica, el camino efectivo que sigue.

Uno de los terrenos donde más vivamente se expresan esas contradicciones son los sindicatos. Basta vivir un tiempo en Cuba, participar en la actividad de la revolución, convivir cotidianamente con el pueblo cubano, para comprobar que existe un dirigente, hasta hoy parte de la dirección cubana como hasta ayer lo fue Escalante, que goza de la unánime oposición de los trabajadores cubanos: es, nada menos, el secretario general de la Central de Trabajadores de Cuba Revolucionaria (CTC-R), Lázaro Peña.

Esto no es un secreto o un rumor entre iniciados, es una opinión que recorre las calles de La Habana y de toda Cuba, y que sale a flor de discusión a los pocos minutos de iniciada cualquier conversación sobre la situación sindical. Un obrero me decía que Lázaro Peña era el artífice de la más completa unidad del proletariado cubano: la unidad contra él.

“Quien pretenda pintar a la revolución cubana como una unidad monolítica sin fallas, sin contrastes internos, sólo puede ser un ingenuo o un falsificador interesado en ocultar el rico proceso interno de la revolución”

En realidad, el secretario general de la CTC-R está pagando culpas propias y ajenas, pues sobre su cabeza se concentra el descontento de gran parte de los obreros con el estado de los sindicatos en Cuba.

El secretario general de la CTC-R fue electo en el último congreso de la central obrera, realizado en 1961. Se lo eligió con el sistema de la candidatura única, es decir, que ningún adversario podía competir con él en la elección. Su designación fue mucho más una decisión de arriba que en una elección de abajo. Los trabajadores, que apoyan y defienden hasta la muerte a la revolución, no opusieron resistencia organizada al sistema, pues hay una preocupación que guía cada paso y cada iniciativa de los obreros cubanos: no causar daño a la revolución, retenerse o esperar cuando creen que alguna protesta, por justificada que sea, puede perjudicar a la revolución. Por supuesto, este estado de espíritu puede ser explotado algunas veces por quienes están interesados en imponer sus decisiones le gusten o no le gusten a la base. Pero también esa actitud tiene sus límites: y cuando la gente ve que más daño se causa a la revolución callándose o cediendo a las presiones de quienes quieren silenciar las protestas por interés personal, entonces habla y alza la voz y dice lo que tiene que decir.

Era muy difícil que Lázaro Peña contara con el apoyo obrero, pues su historia como dirigente sindical en Cuba tiene muchos pasajes que hoy no se pueden recordar. Por ejemplo, fue dirigente de la CTC desde 1939, en la época de la alianza de su partido, el PSP (Partido Comunista Cubano) con Batista, y desde allí frenó o desarmó huelga tras huelga en nombre de esa alianza y en nombre del triunfo de la causa de las “democracias” en la segunda guerra mundial, por el cual en Cuba “no había que hacer huelga”. Eso lo recuerda vívidamente cualquier trabajador cubano de 40 años, así como recuerdan –o conservan– las fotografías de periódicos donde en una misma tribuna aparecían Batista y el hoy secretario general de la CTC–R.

(Todo esto lo he escuchado innumerables veces: y, valga el paréntesis, es bueno hacer constar para lo sucesivo que nunca en Cuba he sostenido una conversación política con un contrarrevolucionario, primero porque carecen absolutamente de interés –basta leer la prensa norteamericana sobre Cuba– y segundo por una elemental razón de higiene personal).

Pero, aunque los pueblos tienen una memoria mucho más larga y segura de lo que los imbéciles suelen creer, no es ése el principal motivo de la oposición actual a Lázaro Peña. La razón central no es su actuación pasada, sino su función presente. Entonces el recuerdo del pasado sirve para reforzar las opiniones del presente; si no, nadie tendría interés en acordarse.

En Cuba hay 25 sindicatos nacionales, uno por sector industrial. Entre los mayores figuran el azucarero, el textil, el ferroviario, el gastronómico, el de la construcción. Cada sindicato tiene una dirección nacional, una dirección provincial y una dirección por empresa o centro de trabajo. La organización sindical al nivel del centro de trabajo se llama sección sindical. La sección sindical corresponde a lo que en otras partes sería la comisión interna o el sindicato de fábrica.

¿Cuál es la función de los sindicatos en un Estado proletario como Cuba, donde las empresas están nacionalizadas y no hay patronos ni ganancia privada?

Según lo planteado por Lenin en la época del establecimiento de la Nueva Política Económica en la Unión Soviética, en 1921, los sindicatos son organismos de los trabajadores encargados de defender sus intereses económicos particulares frente a la propia administración estatal. En su famosa polémica con Trotsky sobre los sindicatos, que fue el preludio al establecimiento de la NEP, Lenin sostenía que, aun estando el Estado en manos de los trabajadores, era un Estado obrero con un gran peso campesino y con deformaciones burocráticas. Y que en consecuencia, los sindicatos podían verse en la necesidad de enfrentar a los funcionarios de su propio Estado en nombre de los intereses económicos de los trabajadores, y en caso imprescindible aun de hacer huelgas.

Lenin establecía una diferencia fundamental con los sindicatos en el régimen capitalista. Su tesis era que, mientras en éste los sindicatos, al luchar por las reivindicaciones económicas, entran en conflicto con el régimen de la propiedad privada y tienden, si dirigidos revolucionariamente, a cumplir una función de ruptura del sistema, cuidándose poco de si sus reivindicaciones y la forma de lucha por ellas perjudican o no al Estado capitalista, que es un aparato ajeno y hostil, en el Estado de transición al socialismo, –como existe hoy en Cuba y en los demás países socialistas– los sindicatos que actúan dentro del régimen estatal, no tienden a ser revolucionarios sino “reformistas” con respecto a su propio Estado, y aún

planteando las reivindicaciones económicas de los trabajadores, toman siempre en consideración el interés general del Estado proletario.

Esta concepción suponía, tal como había sido formulada, la existencia de una rica dialéctica interior, de un libre juego de lo que Mao Tse-tung llamaría posteriormente "las contradicciones no antagónicas".

La otra concepción, que data de la época de Stalin, considera que los sindicatos son organismos destinados a llevar a los trabajadores las orientaciones de la dirección estatal, a organizar el trabajo para la producción, a organizar la emulación y vigilar el rendimiento de los trabajadores y a resolver litigios muy secundarios como especie de árbitros entre la administración y los trabajadores, defendiendo sobre todo el punto de vista de la administración que es identificado con el de la colectividad. En cualquier caso, esta concepción sostiene que no hay ningún antagonismo entre el Estado y los obreros, puesto que son éstos los que están en el poder, y que el sindicato debe funcionar en estrecho contacto y completa unanimidad con la administración de cada centro de trabajo, para el mejor rendimiento de la producción.

En la práctica, en Cuba es esta segunda concepción la que se aplica oficialmente –aunque con cierta elasticidad– y de allí deriva toda la situación sindical.

Los sindicatos, entonces, sirven para transmitir a la base las orientaciones de la dirección y para convencer a los trabajadores de que no deben plantear tales y cuales problemas. De aquella concepción expuesta por Lenín, en la cual el sindicato actuaba en nombre de los trabajadores, a ésta, en la cual el sindicato es un representante de la administración ante los trabajadores, va un largo trecho. La función asignada al sindicato explica entonces el sistema de elección de los dirigentes.

Lo más curiosos de todo es que, contra lo que superficialmente pudiera imaginarse, no es esta segunda concepción la que sirve para aumentar la producción (aunque resulte más "tranquila" para los dirigentes del Estado). Pues los trabajadores, al no sentirse representados por sus organizaciones, al no tener una vía organizada para expresar su descontento con tal o cual situación que consideran injusta o errónea, tienden insensiblemente a reducir su rendimiento en el trabajo, a sentirse a disgusto. Y es esto lo que resumía gráficamente el obrero cubano que me decía que para elevar la producción había que cambiar la dirección sindical.

Los dirigentes sindicales cubanos, a fuerza de actuar como los que llevan a los obreros la orientación de arriba, como los que dejan de lado sus opiniones para aceptar sin discusión todo lo que diga la dirección del Estado, como los encargados de hacer trabajar más a los obreros (cuando ésa es tarea de la administración y de los propios obreros), han perdido autoridad ante la base, porque la base siente que esos dirigentes no dependen de ella, sino del Estado. Y en consecuencia, los trabajadores responden a los llamados dirigentes de la revolución –Fidel Castro, Che Guevara– pero no responden a los llamados de los dirigentes sindicales. Esto lo sabe, lo vive y lo experimenta cualquiera que viva en Cuba y con el pueblo cubano unas pocas semanas. (Por supuesto, no lo saben ni lo entienden los turistas de la revolución, que vienen a pasar semanas o meses en hoteles de lujo y a quienes el pueblo revolucionario de Cuba mira con desconfianza y reserva).

¿Cómo se llegó a este funcionamiento de los sindicatos en Cuba? Ninguna revolución avanza en línea recta, y no fue el caso Escalante la única contradicción

de la revolución cubana. Cuando se eligió en Cuba la actual dirección sindical, era la época en la cual era regla lo que posteriormente Guevara y otros dirigentes de la revolución han llamado “el transplante mecánico de las experiencias de otros países socialistas”. En las elecciones sindicales se estableció, en nombre de la “unidad”, el sistema de candidatura única. Este sistema venía avalado con la autoridad de la dirección de la revolución y así pasó.

Pero en la práctica, los dirigentes elegidos de ese modo no se sentían dependientes de la base, sino de arriba (es decir, de a quien efectivamente debían su cargo). El Estado, y su representación en las empresas, la administración, tienden natural y lógicamente, por la fuerza de las cosas, a tratar de imponer sus puntos de vista en cada problema. Y los dirigentes sindicales, en lugar de discutir en nombre de los trabajadores cuando estos disientan con ese punto de vista, al contrario se convertían en los encargados de hacer presión sobre los trabajadores para convencerlos.

De allí surgió un estado de crisis permanente en el funcionamiento de las secciones sindicales, que en gran cantidad de casos cumplían y cumplen simples tareas administrativas.

He asistido a más de una asamblea sindical en Cuba, y lo primero que golpea la vista es la distribución de la asamblea. De un lado, los trabajadores. De otro, en la presidencia, el administrador, el dirigente de la sección sindical, el responsable del personal, en fin, el personal dirigente. Recuerdo una asamblea en una pequeña fábrica textil: había escasamente metro y medio entre la presidencia y los trabajadores, pero ese espacio parecía estar cubierto por un muro transparente. Y sin embargo, ese administrador y ese dirigente sindical, por un lado, esos obreros, por el otro, tenían algo decisivo en común, algo que jamás tendrían en una empresa capitalista: todos estaban de acuerdo con la revolución y la defendían. Pero en ese momento preciso, y para hacer caer el muro, el lugar del dirigente sindical tenía que estar del otro lado. Eso saltaba a la vista. Tanto era así, que en el momento en que se planteó una discusión sobre el trabajo entre un representante de la administración y algunos obreros, el dirigente sindical quedó como una figura decorativa, silencioso y ausente.

No siempre es éste el caso. Sea como fuere, el dirigente sindical, particularmente el que trabaja en la fábrica, sufre también una presión permanente de la base, sea en forma de exigencias y críticas, sea en forma de una indiferencia glacial ante sus llamados o convocatorias a asambleas. Y por otro lado sufre la presión de lo que se le ha inculcado sobre su misión: que él tiene que convencer a la base, no hacerse el transmisor de sus opiniones o protestas. En este dilema, más de uno reacciona llevando la voz de la base ante la dirección del sindicato o ante la administración.

A mediados de setiembre pasado, fue Lázaro Peña personalmente a una asamblea general de obreros de la construcción, del sector de equipos pesados (tractores, grúas, martillos neumáticos, bulldozers, etc.). Fue a pedir que la asamblea aprobara lo siguiente: que cuando se rompe el equipo en el cual opera un trabajador, éste pase a realizar trabajo de otra categoría inferior, con el salario de esta última categoría, hasta que el equipo estuviera reparado, en lugar de seguir cobrando, como hasta ahora, el salario de su categoría. Esto ya había sido planteado por Fidel Castro, pero

los trabajadores no estaban de acuerdo, pues con el desgaste de los equipos y la falta de repuestos, la rotura de una máquina podía significar una disminución considerable en sus entradas. Los dirigentes sindicales de ese sector no se animaron a enfrentar directamente a la base con esa exigencia. Tuvo que ir el secretario general de la CTC-R. En la asamblea estalló un escándalo. Un trabajador le dijo que cuando él dejara su automóvil y fuera a trabajar junto a ellos, entonces aceptarían la propuesta que llevaba. Otro le recordó su anterior colaboración con Batista. Otros lo acusaron de privilegiado. La asamblea fue suspendida en la mayor confusión. La prensa denunció el hecho, primero, como obra de “contrarrevolucionarios”, días después, como obra de “confusionistas”. En asambleas posteriores, mejor preparadas por las direcciones pero mucho menos concurridas por los trabajadores, fue aceptada la proposición llevada por Lázaro Peña.

La acusación de que los incidentes habían sido organizados por la “contrarrevolución” era tan insostenible, que tuvo que ser abandonada veinticuatro horas después. Esos mismos trabajadores que habían intervenido en la asamblea, son milicianos y algunos hasta miembros del PURS, y están dispuestos a tomar el fusil en cualquier momento para defender a la revolución y al gobierno de Fidel Castro, y a hacerse matar si es necesario. Era absurdo que alguien sostuviera que la contrarrevolución, aislada y desmoralizada en Cuba, puede tener influencia nada menos que sobre los obreros de la construcción. Eso es echar arena a los ojos y cerrar el camino a toda explicación verdadera y, por consiguiente, a toda solución verdadera.

El choque entre la dirección de la CTC-R y los obreros de la construcción no fue inesperado para nadie que observara objetivamente lo que venía ocurriendo en la vida sindical. Sacó a luz, como lo venían haciendo los comentarios y decenas de incidentes menores, un estado de malestar con la dirección sindical, un deseo de cambio de los trabajadores. Si ese sentimiento parece concentrarse sobre un hombre, no es por un “culto de la personalidad” al revés, sino porque la forma en que funcionan los sindicatos, la concepción que se aplica, impide una forma de expresión más depurada. Y también porque los trabajadores quieren mostrar de un modo u otro que hacen una distinción neta entre los dirigentes de la revolución, los hombres de la Sierra Maestra, el equipo encabezado por Fidel Castro, y los que, aun colaborando hoy con ellos en el gobierno, tienen un pasado muy diferente y reflejan, en los actos y en la vida presente, una larga formación adquirida en aquel pasado.

Incidentes y situaciones como ésta, cuando llegan a plantearse al abierto, son un signo precursor de próximos cambios en el curso de la revolución. Es ridículo afirmar, como lo hacen los adversarios de la revolución, que los sindicatos cubanos no existen o que son simples órganos administrativos. Si así fuera, los obreros los abandonarían a su suerte y buscarían otros caminos. En cambio, estas contradicciones indican una voluntad de cambio que busca un modo de manifestarse. Y el cambio no es contra el curso actual de la revolución, sino para promover los obstáculos que las tendencias conservadoras oponen a ese curso.

Los obreros cubanos nunca han aceptado la teoría de la identidad entre los sindicatos y el Estado, aunque el Estado sea el suyo propio.

La dialéctica interior de la vida sindical es uno de los procesos más vivos, más intensos y donde se preparan mayores hechos nuevos en toda la vida de la Cuba de

hoy. Esa dialéctica tiene su reflejo también en el propio equipo dirigente. Lo tendrá, a no muy largo plazo, en una nueva relación entre los sindicatos y el Estado cubano. Y esa relación, lejos de confirmar los anuncios agoreros de los que por el interés personal de conservar sus posiciones quieren congelar la revolución, no debilitará al Estado revolucionario ni dará alientos a sus enemigos, sino que servirá para consolidar en sus verdaderas raíces populares la solidez flexible y viviente de la revolución cubana y para enriquecer su vida interior y su influencia exterior.

(...)

Capítulo V – Dos tendencias en la revolución cubana

Es insondable la incompreensión de la prensa internacional sobre el desarrollo interior de la revolución cubana. Encerrada en sus esquemas, fue tomada de sorpresa por su conversión en revolución socialista, y a juzgar por lo que se escribe ahora sobre Cuba, seguirá siendo tomada de sorpresa por evoluciones futuras.

Los comentaristas han llegado a aceptar que en Moscú hay tendencias, que Khrushchev tiene que componer y maniobrar entre ellas; están habituados a investigar las diversas tendencias en los gobiernos de los países capitalistas; han llegado hasta a reconocer el juego o el reflejo de diversas fuerzas e influencias sociales en las contradicciones de opiniones que existen en los equipos dirigentes.

En cuanto a Cuba, la mayoría no parece haber salido de un viejo esquema cuya relación con la realidad es ya bastante lejana: dividir a la dirección de la revolución cubana entre fidelistas y comunistas, y buscar desesperadamente, en los episodios inocultables de divergencias de opinión, dónde está la línea de los “comunistas” (entendiendo por esto a los antiguos miembros del Partido Socialista Popular) y dónde la de los “no-comunistas” (entendiendo por esto al viejo equipo de la Sierra).

Esto, sin contar a los idiotas-por-conveniencia (categoría que no tiene nada que ver con lo que la reacción llama “idiotas útiles”) que ven una unidad absoluta y sin fallas en toda la dirección y creen que en Cuba todo lo decide Fidel Castro según las iluminaciones que vienen a su cabeza.

Pero unos y otros, en sus respectivos esquemas, no salen en absoluto de un esquema más general e infranqueable: buscar la razón de las decisiones y tomas de posición de la dirección cubana, sea en la voluntad de Fidel Castro, sea en la lucha entre “fidelistas” y “comunistas”, sea en la influencia de Khrushchev o Mao, o sea en cualquier otra persona o ente colocado en las alturas. Pero jamás, jamás, en lo que ocurre abajo, en el proceso vivo, real, hirviente, bullente del pueblo cubano, en sus opiniones y presiones, en sus movimientos y acciones, en sus decisiones colectivas. Para unos y para otros, la palabra “masas” tiene una acepción peyorativa y las “masas” son las que apoyan las ideas de tal o cual líder, pero nunca las que imponen a tal o cual líder, la obligación de sostener esas ideas.

Ahora bien, exactamente esto último es lo que sucede, con una transparencia celeste, en Cuba.

Es singular que esa misma prensa haya visto en la expulsión de Aníbal Escalante una iniciativa exclusiva e independiente de Fidel Castro, una vez que “supo

lo que ocurría". Sin embargo, el mismo Fidel declaró pocas semanas después, públicamente, que hacía meses que las masas estaban viendo lo que pasaba y que "si no tomábamos esta medida ahora, dentro de poco nos arrastraban a todos" ("arrastrar" es una expresión cubana que data del tiempo de la caída de Machado, cuando los individuos más odiados del régimen no sólo fueron apresados por el pueblo sino que fueron arrastrados por las calles). Si en lo de "arrastrar" hay una exageración polémica, no hay duda en cambio de que en ese momento existía una enorme presión de abajo en Cuba contra los abusos y las arbitrariedades de todo el equipo representado por Aníbal Escalante.

No hay otro proceso que permita explicar el desarrollo a saltos de la revolución cubana. Creer en el esquema de las decisiones tomadas exclusivamente en las alturas, a través de un misterioso don de "comunicación con las masas", es como aceptar el Génesis con la explicación científica de la "creación" del mundo.

Esto no significa negar, disolver, diluir el papel que desempeñan los dirigentes, sino explicar por qué y cómo pueden desempeñarlo, cuáles son las fuerzas en que se apoyan, cuáles son las presiones que los impulsan y le permiten actuar con mayor o menor rapidez, decisión, firmeza. Es cierto, por lo demás, que estas presiones se expresan y se manifiestan a través de dirigentes que les son afines; por eso, mientras algunos, en la misma Cuba, en cada decisión tienden a orientarse en el sentido en que viene la presión de abajo, otros tienden a ceder en el sentido en que se manifiesta la presión del imperialismo (que es real, existe, y no sólo a través de la flota que bloquea Cuba sino por diez mil canales ocultos en el juego de las fuerzas sociales en Cuba y fuera de Cuba), y otros reaccionan invariablemente en el sentido en que se dirige la presión o la opinión de la dirección de la Unión Soviética. (En épocas de pactos nucleares mundiales, dicho sea de paso, estas dos últimas presiones hacen más de una alianza y de un frente común en Cuba; por ejemplo, para lograr la firma de Fidel Castro al pie del pacto.)

Todo este juego interior de fuerzas resulta oscurecido en Cuba, para el observador acostumbrado a buscar en cada diario la representación de cada corriente de opinión, por el hecho de que la prensa cubana es pavorosamente igual; tiene ocho páginas por periódico, dedica seis a deportes, espectáculos y actividades corrientes de producción o de organizaciones, una a la información internacional y una —o menos— a comentarios o noticias propias, que varían ligeramente entre un diario y otro, pero donde sólo el ojo habituado puede distinguir los matices y las diferencias.

La prensa cubana es una calamidad nacional que causa más daños que el ciclón Flora. Más que un medio informativo, es una barrera defensiva contra la presión de abajo, un medio unformativo que se permite discutir sobre crítica de arte o de cine, pero jamás disentir o criticar o proponer alteraciones en tal o cual decisión del gobierno. Esto es una evidente deformación de los principios socialistas, como lo es la existencia de una oficina, la Comisión de Orientación Revolucionaria (COR), que controla toda la prensa y todas las ediciones y publicaciones, de modo que en Cuba no se puede imprimir sino lo que la COR autoriza. A esto hay que agregar que tampoco hay hasta ahora cuerpos electivos con delegados o diputados de la población trabajadora, como fueron los soviets en la revolución rusa, que permitan la expresión directa y organizada de lo que piensan los distintos sectores y corrientes de esa población sobre cada problema importante.

Y esto ya no tiene que ver nada con los principios clásicos de lo que se llama “dictadura del proletariado” (si los dirigentes cubanos quieren atenerse, al declararse leninistas, a lo que Lenin expuso en “El Estado y la revolución”) sino con la sustitución de la opinión del proletariado por la de quienes dirigen y controlan los medios de difusión.

Pero también deben estar claras dos cosas:

Una, que hace mucho que el grado de democracia real existente en un país ha dejado de medirse –para personas medianamente inteligentes– por la prensa simplemente, sino por el conjunto de la vida social y por el poder real de la mayoría de la población sobre la producción, sobre el Estado y sobre sus cuerpos armados. Y en ese sentido, real y concreto, no hay país hoy donde haya mayor democracia que en Cuba.

“En Cuba (...) hay sólo la sensación, la convicción colectiva de que para salvarse hay que salvarse todos juntos; de que para vivir mejor, hay que vivir mejor todos juntos, pues no hay otra manera”

Otra, que aunque la prensa, la radio y la televisión endosen un uniforme a veces ni siquiera vistoso o combatiente, la vida real, la política real, existente en Cuba como en todas partes, se expresa en la diversidad de opiniones reales, y no ya sólo entre revolucionarios y contrarrevolucionarios, sino especialmente en el mismo campo de la revolución y en la misma dirección de la revolución.

No podría ser de otro modo, pues de lo contrario la revolución estaría muerta y pronta para ser enviada al museo.

En los capítulos anteriores están expuestas algunas de las principales cuestiones donde esas opiniones se manifiestan, en lo que podríamos llamar la política interior cubana. Pero esa derecha y esa izquierda –y por ende ese centro– que no osan decir su nombre, se expresan con considerable coherencia en todos los terrenos, tanto en la política nacional como en la internacional, pues es imposible ubicarse en un extremo en algunas cuestiones fundamentales y en el otro en las otras. Por lo demás, esa coherencia les viene del fondo social.

La situación de la revolución cubana no es sencilla. Bloqueada en el Caribe, con los pueblos a favor pero con los gobiernos en contra, bajo la presión de un aliado como la URSS cuya política no comparte en diversos aspectos, en medio de las divergencias chino–soviéticas, sostenida por otros aliados que lo son primero de Khrushchev que de la dirección cubana (¿o fueron vanas ocurrencias sin destinatario los discursos de Fidel Castro en el Congreso de Mujeres en Cuba en enero y en el aniversario del 26 de julio?), la isla es un ejemplo de resistencia y heroísmo cuya dura profundidad no es fácil medir hasta el fondo, porque ni enemigos ni aliados han aprendido a penetrar hasta sus últimos y profundísimos estratos la decisión del pueblo cubano de no volver atrás y de no ceder, ni a las amenazas ni a las presiones.

Toda el alma colectiva del pueblo cubano, viviendo en medio de él, se la siente tendida hacia un fin: llevar adelante su revolución. Es algo que se toca con las manos. Esa tensión se manifiesta en la política. Cuba es una pequeña isla. Y el pueblo

cubano entiende, y lo dice en cada uno de sus actos, que si ha podido sostenerse hasta ahora, es porque ha tenido el apoyo en el mundo. Y que si tiene un camino para resolver sus problemas, no es encerrado en su isla, sino extendiendo sus aliados, ante todo en América Latina. Por eso los cubanos viven como cosa propia, por ejemplo, las alternativas de la revolución venezolana.

Pero no es sólo Venezuela. El pueblo cubano vive pendiente de lo que ocurre en el mundo, pero sobre todo en América Latina. A través de la información mala, deficiente o deformada que recibe (porque la contrarrevolución no sólo se presenta vestida de "marine" enemigo, sino también de comentarista o político "amigo" que considera al pueblo "no maduro" para conocer tal o cual noticia que a él o a sus mandantes no les interesa o conviene difundir), el pueblo cubano sigue apasionadamente el desarrollo de la revolución en América Latina. Tiene una convicción que la puede ver cualquiera que visite la isla: no hay salida duradera para Cuba, fuera de la extensión de la revolución en el continente.

Esa convicción es una presión gigantesca en toda la isla. Es una insensatez creer que el gobierno cubano puede actuar independientemente de esa opinión (en caso de que quisiera hacerlo).

No se puede medir lo que ocurre en Cuba ni juzgar el juego interno de las presiones sociales, por lo que sucede en un país capitalista. En éste, hay un más o menos complicado sistema de amortiguadores, entre los cuales el parlamento, todo el aparato administrativo estatal, los partidos políticos ligados a tales o cuales intereses; un más o menos sólido sistema de defensas, entre los cuales los cuerpos armados (ejército y policía) y las leyes en que se asientan; y un más o menos sutil sistema de diversivos, entre los cuales la perspectiva de hacerse una casita, de comprarse un automóvil, de arreglárselas por los propios medios aunque el mundo se hunda, todo esto espoleado por la propaganda comercial, por la prensa, por todo un sistema, en fin, de estimulantes y estupefacientes de todos colores.

En Cuba se acabó. Hay sólo la sensación, la convicción colectiva de que para salvarse, hay que salvarse todos juntos; de que para vivir mejor, hay que vivir mejor todos juntos, pues no hay otra manera. Pues mientras el funcionamiento social en los otros países alienta las tendencias a arreglárselas por sí mismo, el funcionamiento social en Cuba las combate espontáneamente, por su misma lógica interior.

Entonces ¿quién, por qué y cómo va a resistir la presión social que exige por mil manifestaciones diferentes pero unánimes, encaminar la revolución por tal vía y no por tal otra?

La dirección cubana, aunque creyera lo contrario, no podría oponerse frontalmente ni tendría los medios para hacerlo. Se da el caso, además, de que en general no cree lo contrario. Es cierto, una dirección, un gobierno dispuesto a enfrentar abiertamente esa presión, se busca los medios para hacerlo: divide a la población con privilegios económicos para unos, crea un sector con sueldos elevados e intocables, respeta a los sectores que expresan tendencias de conservación social, sean éstos altos funcionarios, comerciantes o campesinos con grandes extensiones. En general, un gobierno de ese tipo no sólo crea esos medios sino que es ante todo producto de ellos.

Es claro que tiene relación directa con esto la polémica sobre los estímulos materiales y los estímulos morales, como alternativa de política salarial y económica.

Las medidas y la política aplicadas en Cuba van precisamente en todo el último tiempo en sentido contrario a los sectores socialmente más conservadores y, en consecuencia, las corrientes y tendencias que buscan apoyo en ellos van perdiendo base de sostén interior.

¿Existen? Sin duda, ya que Cuba no está sola en el mundo. Pero cada vez más, esas tendencias tienen que presentar un apoyo exterior, que a su vez encuentra un reflejo interno en hombres y sectores afines.

Por eso, cuando en el exterior se hacen conjeturas sobre la posición de Fidel Castro entre Mao y Khrushchev, haciendo malabares con cuestiones de ayuda económica y sentimiento revolucionario, sin tomar en cuenta la presión y la posición de fondo del pueblo cubano, no hay más remedio que tomarlas un poco en broma.

En la política internacional, la diferencia entre las tendencias fundamentales se manifiesta en torno a la revolución latinoamericana. No hace mucho, Ernesto Che Guevara declaró a "El Moujahid", órgano del FLN argelino, que la revolución latinoamericana es su "tema favorito". Dentro de la dirección cubana, el Ministro de Industrias representa sin lugar a dudas la posición que se orienta francamente a "expandir la influencia de la revolución", como dijo en el reciente Encuentro Internacional de Estudiantes de Arquitectura en La Habana.

Pero esta orientación no puede menos que entrar en colisión con las necesidades de la política exterior de la Unión Soviética que, dentro de los términos del pacto nuclear con Estados Unidos, no tiene interés en una alteración del statu quo en América Latina que provocaría una reacción norteamericana tan violenta como la de octubre de 1962 y pondría en cuestión toda la perspectiva de la coexistencia pacífica y de la construcción del comunismo en veinte años a través de la competencia económica con Occidente.

Esta línea de la dirección soviética tiene, como los tuvo siempre, sus representantes en Cuba. Que además son los mismos, pero con el agregado de diversas capas con un nivel de vida superior al promedio y que quieren una vida tranquila.

La divergencia chino-soviética no es anterior ni posterior a esta situación sino que es paralela. Por eso la posición cubana, aún a los chinos en diversas cuestiones, no surge de una decisión programática de Fidel Castro, sino, por una parte, de una situación de hecho de la revolución cubana y por la otra, de una presión interior irreversible e incontenible —porque no hay con qué contenerla— del pueblo cubano.

Sin embargo, la discusión entre el PC de China y el PC de la Unión Soviética ha introducido un nuevo elemento que, a pesar de las declaraciones de "neutralidad" de los cubanos, tiene cada día un peso mayor en la evolución interior de la dirección cubana y en la perspectiva futura de la revolución.

Cientos de conversaciones con soldados, obreros, campesinos, estudiantes, oficiales del ejército, empleados, en Cuba, sirven para confirmar que la simpatía por los chinos es general. De modo tal que la dirección de la revolución puede declarar, como hasta ahora, su neutralidad; pero no podría, en el supuesto caso de que quisiera hacerlo, pronunciarse contra los chinos, pues chocaría directamente con la opinión general. Y quien quisiera llegar a un choque tal, no tendría en Cuba un sector social suficientemente sólido, un aparato suficientemente independiente, donde apoyarse. Porque ésa es la revolución cubana vista desde abajo, y no desde las alturas.

Pero tampoco la revolución puede permanecer estática. Al contrario, cambia constantemente. Por eso, mientras el choque entre China y la Unión Soviética va

ampliándose, abarcando todos los aspectos de la política de los países socialistas, va siendo cada vez más difícil para Cuba mantener el equilibrio.

Cuba necesita el comercio con la Unión Soviética. Pero para Cuba es imposible –ni la dirección lo aceptaría, a pesar de que toda una tendencia de derecha de la propia dirección lo ha propugnado abierta o veladamente– tomar el camino yugoslavo. El bloqueo y la agresión son cosa de cada día. La dependencia de la evolución de la situación latinoamericana es grandísima. La presión interior es enorme. La perspectiva de autosuficiencia económica es impensable. Los sectores interesados en “estabilizar” la revolución pierden fuerza social con las últimas medidas sobre el campo, sobre abastecimientos, sobre salarios, y con el clima social general que existe en la isla. Los efectos del ciclón, en lugar de abatir a los cubanos, tendrán el inevitable efecto de otras dificultades: aumentar el odio hacia el bloqueo, aumentar el sentimiento de que para Cuba no hay coexistencia, aumentar la convicción de que, más todavía hoy con el desastre del ciclón, para Cuba no hay salida dentro de los límites de la isla.

Las destrucciones del ciclón pueden postergar un poco, pero sólo para hacerlas más explosivas, decisiones de fondo que están ante la revolución cubana. En la economía, en las inversiones, en los sindicatos, en la conducción de las empresas y del país en general, en la política internacional, dos caminos fundamentales y varias alternativas secundarias que giran en torno a aquéllos, se abren ante Cuba. Del mismo modo, dos tendencias fundamentales se delinean –aunque en público no lo hagan claramente– en la misma dirección. Hemos tratado de traer a la luz las fuerzas internas y externas en que se apoyan y que a su vez las impulsan. Dentro de cada una de ambas tendencias, hay matices y corrientes diversas, pero la alternativa de fondo es objetiva, como lo son las fuerzas y la realidad que la determinan.

Hemos tratado además de mostrar la interrelación que existe entre uno y otro problema, entre una y otra solución a cuestiones aparentemente diversas.

Estos son los elementos para medir, tanto en su orientación como en su ritmo, los próximos pasos de la revolución cubana. Por una necesidad ineludible, interior y externa, independiente de la voluntad de cualquier líder, esos pasos van hacia América Latina y hacia China.

Cuál paso será primero y cuál después, es imposible de predecir. A través de qué crisis interiores, también. En cambio, hacia dónde irán, sólo los ilusos o los ilusionados pueden dejar de verlo. La revolución cubana les prepara nuevas sorpresas, nuevas desilusiones y nuevos golpes, pues es sabido que quien no tiene cabeza para prever, debe tener espaldas para aguantar.

(...)

Capítulo VI – Planificación nacional e internacional

(...)

La autogestión

En la dirección cubana no ha aparecido ninguna tendencia de peso que defienda la aplicación de la autogestión, como en Yugoslavia o en Argelia.

La tendencia de derecha, que defiende el estímulo material, no tiene interés en cambio en la autogestión, en la medida en que ésta, aun muy indirectamente, significa una mayor participación de los trabajadores en la dirección.

Comprende, por otra parte, que la autogestión en el clima de la revolución cubana sería interpretada y aplicada por la base sobre todo en ese sentido, antes de que en el interés material directo.

Comprende, por otra parte, que la autogestión en el clima de la revolución cubana sería interpretada y aplicada por la base sobre todo en ese sentido, antes que en el del interés material directo.

La tendencia que defiende la centralización ve, con razón, que la autogestión a la yugoslava –y aun a la argelina– significa debilitar la conducción centralizada del Estado en la economía e introducir sobre todo el principio del interés material para interesar a los obreros.

Por otra parte, el impulso revolucionario de abajo que en otros países fue determinante en el nacimiento de la autogestión obrera –independiente de su utilización posterior por la dirección del Estado– en Cuba se concentró sobre todo en la nacionalización de las empresas y en la consiguiente transformación de la economía en una economía socialista.

En efecto: en Yugoslavia la autogestión surgió, entre otras cosas, de la necesidad de la dirección titoísta, en 1950, de estimular el apoyo de las masas en su conflicto con Stalin a partir de 1948. En su origen fue una medida que tendía a una mayor intervención de los trabajadores en la conducción de la economía, pero que rápidamente, al no ser encuadrada dentro de una intervención política de los trabajadores en la dirección, fue desviada hacia la concepción actual de descentralización de la economía y de semicompetencia entre las empresas del Estado.

En Polonia, los consejos obreros surgieron también, y ante todo, como un hecho político, no como un deseo de participación en la dirección económica y técnica de la empresa. Aparecieron en 1956, para sostener el “Octubre polaco”, cuando los obreros de Varsovia ocuparon las fábricas por tres días hasta que quedó asegurada la derrota de la fracción stalinista de los “natolinianos” en el Comité Central del Partido Comunista, e impuesta la nueva dirección de Gomulka. Posteriormente, la propia dirección Gomulka fue cercenando los atributos políticos de los consejos, alterando su composición y su forma de elección y sobre todo encerrándolos en tareas de simple administración de las empresas, con lo cual los trabajadores, les retiraron paulatinamente su apoyo y su interés.

En Argelia, el origen de la autogestión fue la acción de los trabajadores ocupando empresas y dirigiéndolas ellos mismos, que era el modo de exigir la nacionalización y el establecimiento de un Estado proletario basado en la economía nacionalizada. Pero, a diferencia de la dirección cubana, la dirección de Ben Bella no recibió y canalizó esa fuerza hacia el derribamiento del capitalismo directamente, sino que la desvió en la actual forma de la autogestión, concebida ante todo como una estructura de administración económica de las empresas basada en el principio del interés material y de la competencia en el mercado, a la yugoslava, con la diferencia de que en Argelia, al contrario de Yugoslavia, no ha sido establecido un poder obrero en el Estado.

En Cuba, la tendencia a la intervención de los trabajadores se manifestó en la ola de ocupaciones de empresas, particularmente en 1960, que fueron la base de las posteriores nacionalizaciones dictadas por el gobierno revolucionario y de la consiguiente transformación de Cuba en un Estado proletario. La ola de ocupaciones, espontánea, partió desde abajo. La dirección de Fidel Castro, ante el hecho, aceptó la presión de las masas y siguió el camino socialista, cuando anteriormente no estaba en sus concepciones ni en su programa dicha salida. La movilización no fue desviada por la dirección en un sistema de autogestión, fábrica por fábrica, dentro de una estructura aún capitalista del Estado y del mercado, sino que se centralizó en definitiva en el establecimiento de un nuevo tipo de Estado, ya preparado por toda la lucha anterior, la caída de Batista y la destrucción del viejo ejército. Las masas cubanas hallaron una dirección sensible a sus deseos, a sus iniciativas, y siguieron adelante en la vía de las nacionalizaciones, que transformaron a la revolución en una revolución socialista sin que su dirección se lo hubiera propuesto de antemano¹.

Ese impulso de abajo tenía lugar en medio de una confianza general de los trabajadores cubanos en Fidel Castro y en su equipo. Y como este equipo respondió, decretando las nacionalizaciones y avanzando en la vía socialista, el impulso se centralizó en el establecimiento de un nuevo Estado. Por otra parte, los obreros sentían que estaban participando en la decisión a través de esas medidas, centralizaban su espíritu en la dirección del Estado, encabezada por Fidel Castro que llevaba una lucha firme contra el imperialismo y que respondía a las iniciativas de abajo, y no sentían entonces la necesidad inmediata de comités en la misma forma que, por ejemplo, en Polonia. No es que no hubo la tendencia a constituirlos, sino que no se presentaban en ese momento como el problema central. El Estado recibía el impulso y lo lanzaba en la lucha cotidiana contra el imperialismo.

También allí los trabajadores comprendían que su destino, y como parte de él su nivel de vida material, no se decide a nivel de la empresa, sino de la política nacional.

La presión y la intervención de las masas cubanas, siempre ha tendido a ejercerse centralizadamente, sobre Fidel Castro y el centro de su propio Estado. En la dirección cubana, en último análisis, es la tendencia a la centralización de la economía la que expresa la presión de la base hacia una participación directa en las decisiones económicas centrales. Pero lo expresa indirectamente, porque al mismo tiempo no ofrece a la base los organismos que le permitan esa participación. Esta es, en el mejor de los casos, tarea del futuro. Así el Che Guevara, defendiendo la centralización desde el punto de vista de las necesidades de la técnica moderna, decía en diciembre de 1962: "La acción del hombre debe realizarse en todas las grandes industrias modernas, centralizadas y automatizadas, fuera de la producción. En el futuro, la voluntad de los hombres se expresará a través de los organismos políticos que se vayan creando y que determinen entonces los tipos de producción que se necesiten para un país".

Pues así como no ha aparecido en la dirección cubana ninguna tendencia –por lo menos abierta– que defienda la autogestión, tampoco ha aparecido ninguna que tienda a desarrollar ahora los organismos que en una democracia socialista manifiestan la voluntad de la población: soviets, consejos obreros, sindicatos independientes del Estado, etc.

Esto incide también en Cuba contra el equilibrio de la planificación y multiplica los efectos y la duración de los errores que puede cometer –y que comete, como ella misma lo ha reconocido a posteriori repetidas veces– la dirección.

Las masas no sólo carecen de los organismos políticos para opinar y decidir sobre las proporciones y la estructura del plan. Tampoco los tienen para corregir el plan en el curso de su aplicación, para señalar los errores que van surgiendo, para indicar las desproporciones a tiempo. De esto resulta que los errores y desproporciones, cuando se corrigen, ya han estado actuando durante un período mucho más largo del necesario y terminan presentándose bajo la forma de pequeñas crisis en tal o cual sector, con todo el despilfarro que significa siempre una crisis. Pero la dirección carecía de los medios para darse cuenta antes de hechos que desde abajo eran vistos por sectores enteros de la población trabajadora: por ejemplo, los errores cometidos con la matanza de hacienda en el primer período de la revolución, los errores del desmonte de extensiones enormes de caña que luego debieron volver a cultivarse, o los errores más elementales de mala ubicación de fábricas, instalaciones, cultivos, etc., que no se ven desde las oficinas del plan pero que los obreros y campesinos indicaban en críticas y comentarios que no tenían y no tienen los medios para llegar hasta arriba con peso de decisión.

(...)

Capítulo VIII – La vida cotidiana, la Revolución y la igualdad

(...)

La igualdad

Pero la propiedad colectiva no es una abstracción. No es tampoco el hecho de que cada uno se sienta propietario, físicamente, de una máquina o de un tornillo de una fábrica. El reflejo social más concreto y a la vez más general de la propiedad colectiva, de la supresión de la propiedad privada como medio de explotación del trabajo humano, es el sentimiento de igualdad, es decir, no es una relación con las cosas –la propiedad– sino una relación entre hombres.

Este sentimiento se expresa en todo. Por ejemplo, en el trabajo voluntario. La primera condición para que la asistencia al trabajo voluntario tenga éxito, es que los primeros en ir sean los jefes y dirigentes. Cuando éstos van realmente –y éste es el caso por ejemplo, con el ministro de Industrias, domingo a domingo– el resto de los voluntarios (que no son en ningún caso la mayoría del personal de una oficina o de una empresa) también va. Cuando los jefes no van, o cuando su asistencia es simple demagogia, como ocurre en más de un caso en que van para hacerse fotografiar para los diarios y volver luego a su casa en automóvil, entonces la asistencia general es un fracaso, la gente se retrae y tampoco concurre. Y no porque no esté dispuesta a apoyar al Estado también en esa forma, a pesar de lo que haga tal o cual dirigente, sino como protesta indirecta contra una forma de privilegio o de desigualdad.

Aquí la protesta contra el privilegio adquiere una forma bastante clara, porque el trabajo es voluntario; va quien quiere, y quien no quiere no va. Pero esa misma protesta no puede dejar de manifestarse en otros terrenos, por ejemplo en el trabajo

corriente. Si los jefes o dirigentes gozan de privilegios visibles, cualesquiera estos sean, la protesta indirecta se refleja inmediatamente en el rendimiento del trabajo del personal. No es organizada, no es que nadie se proponga trabajar menos o peor para protestar. Es una reacción normal, natural, automática. El sentimiento de igualdad ha sido atacado. La base de la propiedad colectiva ha sido atacada. La gente no dispone, actualmente, de medios directos e inmediatos para corregir esa situación y manifestar activamente su protesta. La protesta se expresa de todos modos, no porque nadie se lo proponga, sino porque así funciona el organismo social. Y el rendimiento baja, pese a las exhortaciones y a los llamados a trabajar por la revolución.

“Es inevitable que toda posición de relativo privilegio empuje a una actitud conservadora en política y a una política de coexistencia política (con el capitalismo) y de tránsito pacífico al socialismo”

Es normal, en situaciones como éstas, que los mismos que tienden a defender la existencia de privilegios sean los que acusan a los trabajadores o a sectores de los trabajadores de “no tener conciencia revolucionaria” y “no trabajar con entusiasmo”.

También aquí se expresan en forma nítida dos tendencias en la revolución. La tendencia a afirmar y acentuar los aspectos igualitarios, está ligada a la tendencia a extender la revolución, a confiar en la revolución en el mundo. La tendencia a justificar la inevitabilidad de ciertos privilegios en la etapa actual, por necesidades de la producción, está ligada a la tendencia a mantener la coexistencia pacífica y concentrarse exclusivamente en la construcción económica. Esto es inevitable, pues es también una forma de lucha entre el socialismo y el capitalismo que se opera en el seno mismo de la revolución, entre las fuerzas mismas de la revolución, todas anticapitalistas, pero que sufren en distinto grado la influencia del capitalismo mundial, del mercado y de su propia situación en la sociedad cubana. Es inevitable que toda posición de relativo privilegio empuje a una actitud conservadora en política y a una política de coexistencia pacífica y de tránsito pacífico al socialismo. Para alimentar esa actitud hay bases económicas limitadas en la cumbre del Estado cubano. No las hay, en absoluto, en la base.

La propiedad colectiva y la preocupación colectiva por esa propiedad y por la producción, presupone la igualdad. Cuando ésta es violada sistemáticamente, es la base misma del Estado la que se ve debilitada, porque el Estado tiende a separarse de la población, sin dejar de ser su propio Estado. Y como todo el sentimiento colectivo vive en la revolución y para la revolución, es extremadamente sensible a la defensa de la igualdad.

En última instancia, la revolución no ha dado enormes ventajas materiales a una gran parte del pueblo cubano. Le ha traído, por otra parte, problemas y dificultades que no existían antes.

Pero no es así como se miden las revoluciones. Pues le ha dado, en cambio, un sentimiento nuevo, cuyo resumen es la igualdad. Ese sentimiento es en gran parte

seguridad en sí mismo y en el futuro. Esa seguridad ya no está ligada a poseer una propiedad o ahorros en el banco, sino a la existencia y continuación de la revolución socialista, a la propiedad colectiva, a la organización social. El aumento de la natalidad, en medio de la aparente incertidumbre que deberían crear el bloqueo, el racionamiento, la amenaza de invasión o de bombardeo atómico, es un reflejo de esa seguridad nueva. Esa seguridad proviene también de haber medido en la acción sus propias fuerzas, de sentir cada día directamente lo que es capaz de hacer, no meramente en Playa Girón, sino en la organización y en la acción de cada día, a millones en toda Cuba. Y en la nueva relación social.

La forma exterior, palpable, de ese sentimiento y de esa seguridad, se encarna en la igualdad entre todos. Esa es la forma concreta de la dignidad humana, suprimidos los propietarios por derecho divino y todos los que recibían a través de la propiedad privada el derecho hereditario a vivir mejor sobre los hombros de los demás, y sometían a su vez a toda la sociedad a la alienación colectiva de vivir para la propiedad o para tener alguna forma de propiedad, y no para sí misma.

Por eso, si en las formas de privilegio —sea un automóvil, sea un apartamento— en Cuba no hay un retorno de la propiedad privada, la vigilancia social reacciona contra ellas no sólo por un sentimiento de justicia, sino porque inconcientemente ven en ellas la presión del capitalismo que subsiste fuera de Cuba y un atentado contra los derechos colectivos. La vigilancia es una defensa del fondo mismo de la revolución.

El trato social, las aspiraciones individuales

El pueblo cubano está unido por la revolución y por el Estado obrero. Pero dentro de esa unidad, la lucha social continúa, no solamente sobre la forma de conducir la revolución, sino también sobre las relaciones sociales y políticas dentro del Estado y de la revolución. La actitud con relación a la igualdad es una de las piedras de toque de esa lucha.

La palabra “compañero”, por ejemplo, es una expresión de fraternidad social, pero también de igualdad. Es una palabra que suena fresca en Cuba, como puede sonar en un sindicato en medio de una gran lucha huelguística. Pero en Cuba está en todas partes: “compañero” es el funcionario que lo recibe a uno, el conductor del ómnibus, la chica que vende café, la empleada de la tienda o el hombre a quien uno le pregunta la hora en la calle. A todos uno se dirige, y todos a uno, diciendo “compañero”.

La palabra “compañero” no es una formalidad. Subraya la fraternidad social, el objetivo común, la lucha y el enemigo comunes que unen a todos. En Cuba se usa corrientemente “compañero”, y también “camarada”, sin que haya ninguna distinción en el sentido. Pero el uso de “camarada” tiene un matiz más enfático o más cálido, según el caso, y pone un acento de intensidad en el trato. Y no son los viejos militantes comunistas quienes acuden al trato de “camarada”, sino mucho más los nuevos militantes jóvenes de la revolución.

El trato de “compañero” es también una de las formas de la igualdad. En cambio, el trato de “señor” es utilizado sea para marcar distancias, sea indirectamente para agredir verbalmente u ofender. “Señores” son los otros, los reaccionarios, los que están del otro lado de la barricada.

La palabra “compañero” resume la igualdad en el trato, y sobre todo la fraternidad y la comunidad de fines, pero esa igualdad es cuidada y observada por la gente en todas las situaciones sociales. Mucho más que el vivir mejor, o comer más –que no se come más–, es el sentirse igual a todos los demás la mayor conquista de la revolución. La defensa de la igualdad en el trato es una de las formas de la defensa que hacen las masas de su derecho a participar y a decidir en la revolución, a decidir en sus propios destinos.

Esa igualdad, sin embargo, viene impuesta desde abajo hacia arriba. No es una concesión de lo alto, es una imposición desde abajo. La dirección, los dirigentes, aun manteniendo la igualdad formal en el trato, tienden normalmente hacia actitudes de paternalismo, en parte estimuladas naturalmente por su función en el Estado, en parte por su concepción política de acercamiento empírico al marxismo.

Pero es de desde abajo donde se vigila y se mantiene la igualdad. Y en las alturas se siente esa permanente vigilancia. Es notable ver cómo muchos dirigentes y funcionarios tratan de disimular o de no hacer visibles situaciones de diferenciación con la base, porque se sienten vigilados. De abajo están mirando si en una fiesta se comió más de lo que se come habitualmente, si uno cambió su auto sin necesidad, si viaja demasiado y sin motivo, si tiene una amante, o si ostensiblemente, en cualquier aspecto de la vida, se tiende a establecer un privilegio o una distancia con las masas. Y todo eso es materia de juicio colectivo, espontáneo, no organizado, que difícilmente se equivoca. Pues cuando un aparente privilegio –un auto o una casa– la gente lo ve justificado por una necesidad de trabajo para la revolución, no lo señala ni lo ve como una excepción. Pero cuando a un privilegio real se lo quiere disfrazar bajo la forma de una “necesidad de trabajo”, es invariablemente señalado y comentado, aun cuando la base no tenga otros medios para impedirlo, por ahora, que la crítica en general y la presión del descontento con tal o cual situación.

Suprimida la burguesía y su poder económico, todo el funcionamiento social de Cuba tiende a asimilarse al aspecto más puro del funcionamiento colectivo de un barrio obrero o de un distrito minero en lucha.

La inspiración a la igualdad como base del funcionamiento social establece una escala de valores cotidiana completamente diferente a la de un país capitalista. No existe, ha sido borrada por la revolución, la psicología de la clase media acomodada, que está pendiente del último modelo de automóvil o de televisor que ha comprado la familia vecina, para comprar uno mejor. No es esa propiedad la que mide la importancia social, el valor social en la comunidad. Al contrario, en muchos casos quien tiene eso como un privilegio trata de disimularlo, no de ostentarlo. Entonces toda la preocupación individual y social dedicada a esa competencia posesiva del televisor o del automóvil, se vuelca al fin colectivo de la revolución. Es una fuente de energía humana inagotable y aún no explotada a fondo, ni siquiera lejanamente, por la propia dirección cubana. Pero es en esa energía donde se basa la fuerza y la solidez de la dirección frente a sus enemigos, y en parte demuestra sentirlo y comprenderlo cuando defiende medidas y actitudes igualitarias.

Por ejemplo, la sola desaparición de la propaganda comercial ahorra una cantidad de energía enorme en la mente de la comunidad. Ni los caminos, ni las ca-

lles, ni la televisión, ni las paredes de Cuba están ya más cubiertas de reclamos a comprar tal o cual cosa. Han desaparecido las empresas que organizan la atención y la preocupación social –sobre todo en la pequeña burguesía y en la aristocracia obrera– hacia el consumo de sus productos. Y si una hipotética empresa publicitaria quisiera vender hipotéticos automóviles, no podrían, en la psicología social de Cuba, basar su propaganda en el prestigio y la “distinción” que da poseer el último modelo de lujo, porque toda la sociedad está contra eso.

Eso no está determinado solamente –es preciso insistir– por la propiedad colectiva. Lo determina también la revolución viviente en movimiento. En Checoslovaquia, existiendo la propiedad colectiva, el funcionamiento del estímulo material y de una amplia diferenciación salarial y social llevan en sectores de funcionarios, a ver reflejada la autoridad y el prestigio en símbolos que son una influencia directa del capitalismo; por ejemplo, el modelo del auto.

Ya no hay que disimularlo, es el Estado el que lo justifica (aunque los obreros checoslovacos, por su lado, tengan la misma opinión, que los cubanos, sobre los privilegios y la igualdad). En Cuba, la revolución viviente lo impide y hace que ese pensamiento de abajo, contra el privilegio, igualitario, imponga su escala de valores e impida con su presión la consolidación o la oficialización de formas de desigualdad como cosa normal aceptada y buscada.

La revolución, la austeridad de un ejército en campaña, sigue siendo la línea dominante en la revolución cubana. Esa línea viene impuesta desde abajo contra las tendencias al privilegio que se apoyan en el Estado cubano, en la influencia del capitalismo en el mundo, pero sobre todo en la influencia de la organización del Estado en los demás países socialistas, donde una capa burocrática de funcionarios del Estado, mientras defiende el régimen obrero, al mismo tiempo sanciona y oficializa la desigualdad en su seno.

El racionamiento y la igualdad

El gobierno de Estados Unidos, con el bloqueo, ha tratado de impedir que el desarrollo de la economía cubana influyera como un ejemplo sobre América Latina, y al mismo tiempo, de provocar la caída del gobierno de Fidel Castro o estimular la oposición a él, a través del descontento con la situación económica. Pero si por un lado el bloqueo ha extendido una barrera para preservar a América Latina, de algunas formas de influencia de la revolución cubana –pero no de la principal, la influencia social– por el otro lado la barrera funciona en ambos sentidos, y ha impedido al capitalismo establecer una alianza más sólida con los sectores conservadores y burocráticos de la revolución –como lo ha hecho hasta cierto punto, en Yugoslavia o en Polonia– y hacer sentir a su vez su influencia dentro de la misma revolución.

Por eso una serie de figuras dirigentes del imperialismo, ante el fracaso del bloqueo económico contra Cuba, recomiendan establecer relaciones de “coexistencia” con la isla. No es simplemente el reconocimiento de un fracaso, sino sobre todo la búsqueda de métodos más eficaces para influir dentro de la misma revolución.

La escasez de alimentos y el racionamiento, por ejemplo, causan dificultades cotidianas muy grandes al pueblo cubano. Pero están muy lejos de debilitar la revolución. En cierto sentido, contribuyen a soldarla interiormente. Nadie desea

el racionamiento ni lo defiende como un bien. Pero una vez establecido como una necesidad, en el racionamiento se afirman las tendencias más radicales de la revolución, la tendencia a la igualdad, y se debilitan las tendencias sensibles a la influencia capitalista.

La igualdad en la comida es una forma más de igualitarismo militante. El sentimiento de que lo que está en la mesa de uno cada día, está en la mesa de todos, y de que lo que no hay para uno, no hay para nadie, es otro elemento de fusión interior del pueblo cubano. Sólo la revolución ha podido lograr este resultado. Y lo ha logrado prácticamente a todos los niveles, pues la mesa de importantes funcionarios del Estado está sometida al mismo racionamiento que la mesa de un obrero o de un empleado. Y si esto no es absoluto –pues hay también restaurantes donde, pagando, se come bastante por encima del promedio– es por lo menos la línea totalmente dominante.

La libreta de racionamiento no es solamente un testimonio de la escasez. La revolución la ha convertido –cosa imposible en otro tipo de racionamiento– en un testimonio de la igualdad en las dificultades. El pueblo la defiende como una garantía de equidad en la distribución. Por eso una consigna aparentemente tan elemental como: “¡A comer parejo!”, lanzada por Fidel Castro cuando se estableció el racionamiento, tuvo un eco instantáneo y fue adoptada luego como un dicho para las más diferentes situaciones en que se quería combatir un privilegio o una desigualdad.

Lo mismo ha ocurrido con el racionamiento de la ropa o de los zapatos. Durante todo 1962 y 1963, la escasez de zapatos ha sido un problema muy grande en Cuba. Por un lado, la industria existente fue “reorganizada” de tal modo que centenares de pequeños talleres fueron cerrados antes de que funcionaran los grandes talleres concentrados que los reemplazaran. Por el otro, cayó la calidad en la producción, sea en la mano de obra, sea en los cueros, por la caída en la calidad y la cantidad de la producción ganadera, debida a los errores cometidos en la primera etapa de la nacionalización de las grandes haciendas. En tercer lugar, aumentó el consumo de zapatos en toda la población y para esos años las reservas de calzado de los que ya lo consumían de antes, se habían agotado. Todos estos factores se sumaron para provocar una aguda escasez de calzado y obligar a un estricto racionamiento.

Los bonos para comprar calzado se distribuyen, desde que se estableció este racionamiento, sea por intermedio del sindicato, sea por intermedio del Comité de Defensa de la Revolución de la cuadra o del barrio. En el caso del sindicato, los distribuye la sección sindical de cada centro de trabajo. Entonces se discute colectivamente quién tiene más necesidad, quién puede esperar el siguiente turno, quién el segundo turno, meses después. Aunque haya dirigentes sindicales que tienden a limitar las funciones de la sección sindical a cuestiones como la distribución de zapatos, por el otro, el método de control, impuesto por la necesidad, es efectivo y refuerza el sentido colectivo de la revolución.

En los Comités de Defensa, que organizaron la distribución para amas de casa y personas no sindicalizadas, se plantearon otros problemas. Por ejemplo, hubo casos en que dirigentes del Comité de Defensa trataron de establecer el principio de que primero se atendían las necesidades de los partidarios de la revolución, y luego las de los indiferentes y las de los opositores. Las protestas partieron de los

mismos miembros de base del Comité –todos revolucionarios, por supuesto– que resolvieron que para el reparto de zapatos, como para cualquier cuestión de abastecimiento, todos debían ser iguales, cualquiera fuese su posición con respecto a la revolución, pues sólo con esos métodos la revolución podía influir a los neutrales y aun a los adversarios. No era una defensa de los contrarrevolucionarios sino una defensa de la igualdad.

También los apartamentos son distribuidos por medio de los sindicatos. Como es sabido, todo el que abandona Cuba como exiliado, debe dejar su apartamento con todas sus instalaciones al Estado. Los apartamentos luego son distribuidos según las necesidades. Los sindicatos llevan listas de prioridad por lugar de trabajo, según la cantidad de familiares, las comodidades que tienen actualmente, etc.

La escasez de apartamentos es muy grande, y su distribución puede servir para ilustrar con cifras hasta dónde el principio de la igualdad es respetado. En 1963, el gobierno dispuso que el 60 por ciento de los apartamentos que quedaran libres, serían distribuidos por medio de los sindicatos y la CTC-R. El 40 por ciento restante se atribuye a través de diferentes organismos del Estado –Fuerzas Armadas, Ministerio del Interior, Relaciones Exteriores, etc.– para sus necesidades, que incluyen las de los altos funcionarios. Es evidente que el Estado absorbe una parte desproporcionada para sí, dada la situación de escasez de habitaciones.

El apartamento es una de las medidas del privilegio social, no sólo en Cuba, sino en otros países socialistas. En Cuba, los barrios ricos de La Habana, como Miramar, abandonados por sus ex dueños, están hoy en su mayor parte destinados a la habitación de becados venidos del interior a estudiar en la capital. Esta medida ha impedido que dichos barrios se convirtieran en un centro de una capa de funcionarios privilegiados, como ha ocurrido en otros países socialistas con los barrios de la vieja burguesía. En este sentido el igualitarismo en la habitación es mayor en Cuba que en otras partes. Pero, al mismo tiempo, podría ser aun mayor, si la población tuviera mayores posibilidades no ya de control efectivo a través de la presión o el comentario, sino de control efectivo a través de organismos propios y electivos, municipales y nacionales. Sólo en parte los sindicatos suplen esa ausencia, ellos mismos trabados en sus funciones por la forma en que han sido designados sus dirigentes.

¿Qué es la burocracia?

En la medida en que la intervención de las masas, como poder de decisión, está limitada en Cuba por la ausencia de organismos de poder directo de la población, el Estado aumenta su independencia de la base y tiende a crear y defender situaciones de privilegio. Ese privilegio –esto debe ser claro– por un lado es infinitamente menor que el privilegio que da el dinero y la propiedad en cualquier país capitalista, o que da el estar al servicio de la propiedad y del capital en puestos ejecutivos; y por otro lado, no es legal como es el privilegio capitalista, defendido por la Constitución y las leyes, sino que es ilegal, arbitrario y en lugar de ser ostentado debe ser disimulado por sus usufructuarios. Este es el punto de partida totalmente opuesto, que impide toda comparación con un país capitalista: aquí el privilegio es la regla normal y aceptada, la base del funcionamiento social; allá, es la violación a la regla funda-

mental del igualitarismo, que es a su vez la base del funcionamiento social del Estado obrero. Aun en los casos más flagrantes, la violación sigue siendo una violación. Y esto desmiente y desautoriza toda tentativa de equiparar ambas situaciones –que son opuestas– y de hablar de una “nueva clase” privilegiada.

Es dentro de los marcos de la propiedad colectiva y de la revolución en desarrollo donde se mueve la dialéctica de la igualdad y del privilegio. Y ésta no es sino, una de las formas de la dialéctica interna a través de la cual avanza la revolución cubana.

La revolución ha borrado, por supuesto, las diferencias sociales. En La Habana, en Santiago de Cuba o donde sea, todo el mundo puede entrar en todas partes, la calidad de la vestimenta es notablemente igual y los lugares exclusivos no existen.

Pero a partir de esos cimientos, una sutil diferencia se desarrolla entre los funcionarios, los “que deciden”, y el común de la gente, los “que no deciden”. Es difícil verla exteriormente. Pero se la siente en la manera de hablar, en la seguridad para actuar, en el empaque para caminar.

En la provincia de Oriente se inauguró en 1963 el Transporte Serrano de la Revolución. Son camiones de fabricación soviética, provistos de asientos y transformados en autobuses, que han establecido un servicio regular en las regiones campesinas de la sierra donde antes no había transportes o había líneas insuficientes e irregulares. Los camiones rojos del Transporte Serrano viajan siempre llenos de campesinos, milicianos, obreros, empleados que deben trasladarse en la zona. Hay en ellos un ambiente fraternal, popular y alegre –un ambiente revolucionario–, como se dice en Cuba.

El servicio aéreo entre La Habana y Santiago de Cuba está cubierto por modernos aviones de fabricación soviética, que hacen el viaje de mil kilómetros en algo más de una hora. La composición social –o por lo menos la extracción social– de quienes viajan en los aviones no es muy diferente de la de los que viajan en los transportes serranos, salvo en cuanto a la proporción de campesinos. Los funcionarios, dirigentes sindicales o políticos, estudiantes, que viajan en el avión, son también de origen obrero o de clase media pobre, y son quienes hoy están en puestos dirigentes en los ministerios y los organismos estatales.

Sin embargo, pasando del transporte serrano al avión La Habana–Santiago de Cuba se nota una diferencia. No ya en la manera de vestir o de hablar –que la hay en parte– sino en la actitud general de los viajeros. Es algo en apariencia sutil, pero evidente para quien observa objetivamente. Los viajeros del avión actúan con una seguridad y una actitud “ejecutiva” que no ostentan exteriormente los del camión. Ellos sienten que forman parte del aparato que decide; los otros, sienten que forman parte de la masa que defiende y apoya a muerte la revolución, que es suya, pero que no decide sino indirecta y lejanamente. Esa sola diferencia significa que millones de energías, de iniciativas, de seguridad en la acción y en sí mismos, se pierden de este lado, quedan sin empleo. Todas son fuerzas propias de la revolución inmensas, que la dirección de la revolución aún no utiliza o utiliza sólo en una proporción mínima.

Pero –una vez más– la diferencia con la parte capitalista del mundo no es ya sutil, sino violenta. Pues sea el avión cubano, como el avión de la línea La Habana–Praga, por ejemplo, tiene en su interior un ambiente popular, comunicativo, donde todo el mundo conversa como en cualquier viaje largo en un vagón de segunda en

cualquier tren. Los pasajeros se sienten, a su modo, dueños y en su casa. El cambio al pasar a cualquier línea que une Praga con Occidente, es instantáneo y brutal. Allí los dueños del avión son “ellos”, los que se sienten a sus anchas son “ellos”, las conversaciones son entre caballeros y el avión es ajeno. Es el polo opuesto del ambiente popular, fraternal y cálido que la revolución cubana, como todas las revoluciones frescas y vivientes, ha metido en todas partes, hasta en sus aviones de pasajeros.

La expresión “burócrata” se ha hecho corriente en Cuba. Pero no todos le dan el mismo significado. Los dirigentes de la revolución –en particular el Che Guevara– han hecho campañas contra la burocracia y han criticado a los burócratas. Pero dan a la expresión un sentido administrativo, para referirse al papeleo innecesario, al funcionario que retarda los trámites, al que alarga los procedimientos y hace pesado el funcionamiento de la maquinaria estatal. “Burócrata”, en este caso, tiene un sentido no muy diferente del que se le da en el Estado capitalista.

En cambio, la expresión popular da a la “burocracia” y al “burócrata” un significado más amplio. “Burócrata” es el funcionario que aprovecha de su cargo para disfrutar de privilegios, sea en el salario, sea en la forma de vida, sea en el hecho de trabajar poco y cómodamente, y que defiende su posición con declaraciones de fe revolucionaria y con métodos terroristas contra las críticas. Esta acepción, que desde un punto de vista marxista es mucho más precisa que la interpretación administrativa de la burocracia, no ha sido enseñada por supuesto en ninguna escuela ni en ningún manual de marxismo en circulación en Cuba –todos traducción de los que se producen en serie en la Unión Soviética–, pues en esas escuelas y en esos manuales, “ese animal no existe”. Pero ha sido aprendida por la gente en su experiencia cotidiana, donde la burocracia y el burócrata aparecen, no simplemente como un hecho administrativo, sino como un fenómeno social y económico.

El término no es siempre “burócrata”. Los obreros les suelen llamar, por ejemplo, “los de la carterita”, porque siempre aparecen muy apresurados llevando una cartera bajo el brazo en el cual se supone que van documentos muy importantes, miran cómo trabajan los demás y se van con el mismo apuro. “Los de la carterita” es una alusión a una capa improductiva que entre otros, tiene el privilegio de decidir y dirigir en cuestiones donde debería ser la masa quien lo hiciera. La hostilidad de esta expresión, y de otras, es una forma de lucha social dentro de la misma revolución y de la lucha por la igualdad y por el derecho a decidir.

Es claro que la burocracia desarrolla intereses comunes y, como toda capa social, trata de defenderlos, materialmente y políticamente. En última instancia, la teoría de los “estímulos materiales” se ha convertido hoy en la justificación teórica de la existencia de una capa burocrática privilegiada, así como el recurso a los estímulos socialistas es la expresión indirecta de la resistencia de la base contra esa capa. Pero éste, como hemos visto, es sólo un aspecto limitado de esa lucha interior, que es una lucha social y que abarca todos los problemas de la vida política y social de Cuba, como, bajo diversas formas, en cualquier otro Estado proletario.

La dialéctica de la igualdad y de la revolución

La dialéctica de la igualdad y de la diferenciación social interior acompaña y se entrecruza con la dialéctica de la revolución mundial y la coexistencia pacífica. Al

igual que esta última, está cerrada a la intervención directa de los extraños, aunque no a su presión indirecta.

Las masas cubanas, en sus casas, en sus trabajos, en las calles, critican los privilegios, buscan los medios para combatirlos, mantienen una permanente vigilancia y constituyen una traba constante para la afirmación de una capa privilegiada consolidada. Pero al mismo tiempo, rechazan violentamente, cerradamente, toda crítica proveniente de quien está fuera de la revolución o contra la revolución. Porque la igualdad y los privilegios son un problema interno de la revolución. No tienen nada que ver con lo que ocurre en el mundo capitalista, ni resisten ninguna comparación. Todo intento de utilizar estas críticas por los adversarios de la revolución es rechazado de inmediato. Y la gente defenderá intransigentemente, ante un enemigo de la revolución, al mismo dirigente a quien internamente critica y rechaza. Es la actitud tradicional del movimiento obrero, aplicada a escala de todo un país. Por eso las radios contrarrevolucionarias de Miami no tienen absolutamente ningún eco en Cuba, no sólo por las falsedades que difunden, sino porque vienen además del enemigo.

Pero esto no anula la lucha social por la igualdad dentro de Cuba. Al contrario, esa lucha es uno de los elementos más vivos de la revolución y uno de sus motores internos. La igualdad, además, se refiere sobre todo, a la esencia misma de lo que es la revolución, en Cuba y en cualquier parte: el derecho a decidir en los propios destinos.

La imposición de dirigentes, la imposibilidad de criticar por la prensa, la respuesta terrorista de funcionarios contra cualquier crítica revolucionaria, la ausencia de órganos electivos de decisión de las masas (comités, consejos, soviets, que decidan no tal o cual aspecto limitado de un municipio, sino los problemas de fondo de la política del Estado), son vistos todos como atentados a la igualdad, al derecho igual de todos a opinar y a decidir. Y es imposible separar esta concepción de la igualdad, en las condiciones de vida, en el trato o en cualquier otro aspecto de la vida social.

La dialéctica de la igualdad no está aislada en Cuba sola. En realidad, se entrecruza con la misma dialéctica en los demás países socialistas. Las condiciones no son las mismas en todos, pero la dependencia es estrecha. Los sectores que defienden sus privilegios en la Unión Soviética o en Polonia no tienen ningún interés en que en la Cuba de hoy exista plenamente la democracia socialista y la igualdad social. El ejemplo encontraría un terreno fértil en la población de los otros países socialistas, cuyo entusiasmo por Cuba es, en parte, porque ven un grado de democracia socialista mucho más fresco y vivo en la revolución cubana.

Pero tampoco los enemigos de la revolución cubana tienen interés en que ese régimen funcione. Pues la intervención más amplia de los simples obreros y campesinos en la dirección del Estado cubano, la discusión libre, la vida política sin trabas en el seno de la revolución, la igualdad en toda la vida social, tendría un efecto enorme también sobre la población de los países capitalistas, empezando por la de los propios Estados Unidos, que vería desmentidas en los hechos tantas mentiras y calumnias contra la revolución cubana. También aquí, por razones diferentes, los intereses del gobierno norteamericano y del gobierno soviético coinciden.

Por eso, como decíamos antes, la tendencia a la “coexistencia” y al comercio con Cuba no es sólo la confesión de un fracaso, sino también la búsqueda de nuevos métodos para influir desde adentro sobre la revolución. Un sector dirigente del mundo capitalista ha llegado a la conclusión de que la alternativa no es derribar al gobierno de Fidel Castro y establecer el capitalismo en Cuba, sino neutralizar a la revolución. Y que para hacerlo, antes que sobre el bloqueo, hay que apoyarse sobre las fuerzas conservadoras interiores de la misma revolución. Ese sector ha adquirido esa experiencia en la “ayuda” a Yugoslavia y a Polonia, así como en el conflicto chino-soviético y en las relaciones con la URSS. Es un método que revela la debilidad de quien lo emplea, la impotencia para hacer otra cosa, pero es un método que cuenta con apoyarse en los aspectos débiles de la propia revolución.

Ese sector del capitalismo trata de influir y de crear indirectamente condiciones para el desarrollo de la tendencia conservadora, burocrática, en la dirección de la revolución. En esto sigue con Cuba la línea seguida en las relaciones con Yugoslavia y Polonia en condiciones diversas. Y encuentra eco a su política precisamente en el sector Kruschevista de la dirección cubana, que corresponde en grandes líneas a los viejos dirigentes del Partido Comunista Cubano (PSP) y a toda una capa de nuevos funcionarios. No puede intervenir directamente en la discusión interior de la política cubana. Pero lo hace indirectamente, tratando de crear condiciones que estimulen las ilusiones o que favorezcan a la tendencia conservadora y burocrática, cuya línea es impedir la intervención dirigente de las masas y mantener y aumentar la distancia entre éstas y el aparato del Estado cubano. Así, esta tendencia, al defender sus propios intereses y posiciones burocráticas, está defendiendo indirectamente la influencia y los intereses, no solamente de la capa burocrática de la Unión Soviética con la cual está aliada y de cuyo apoyo depende, sino también de los enemigos de la revolución cubana, del capitalismo mundial.

Tácitamente, desviadamente, esta lucha de fondo está presente en todas las divergencias interiores en la Cuba de hoy, y su salida es decisiva para el futuro de la revolución. Quien niega esta dialéctica, quien pinta un cuadro de la revolución sin matices y sin fracturas, en realidad lo que hace es encubrir a las fuerzas conservadoras, aliadas con las fuerzas pro-capitalistas, y frenar el desarrollo de la revolución cubana. Por eso la labor idealizadora de tantos supuestos “amigos de la revolución” que se niegan a discutir la dialéctica real y riquísima de la revolución o que la niegan, es interesada y es además una labor que va contra la revolución cubana, porque impide que sus partidarios, los millones de obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales, que la defienden en el mundo, puedan conocer e intervenir con su opinión, con su fuerza, con su estímulo a los sectores y tendencias que quieren llevar adelante la revolución cubana y no neutralizarla o estancarla.

Estos problemas, y ante toda la cuestión vital, de la intervención en la dirección de las masas obreras y campesinas a través de sus órganos de opinión y de poder que es la forma superior de la igualdad y de la revolución, son los problemas centrales de esta etapa de la revolución cubana. El pueblo cubano, sin poder expresarlo directamente, sin tener los medios ni las facilidades, los vive intensamente en su vida cotidiana, y expresa su opinión, o su presión, o sus deseos, a través de mil maneras diferentes e indirectas, incluso a través de la agudización de la lucha de tendencias en la dirección de la revolución. Inevitablemente este proceso, ligado

al proceso revolucionario mundial y al conflicto chino-soviético, deberá manifestarse en términos directamente políticos y encontrar una expresión programática mucho más clara que hasta el presente.

(...)

Nota

1 No hace casi falta repetir que esa transformación no fue preparada ni prevista por los comunistas cubanos. Al contrario, la consideraban una aventura y estaban contra ella, en 1959 y 1960. Todavía, el 21 de agosto de 1960, en plena ola de nacionalizaciones que culminarían con los decretos de octubre, Blas Roca decía en la VIII Conferencia del Partido Socialista Popular: "La revolución cubana no es una revolución comunista; es antiimperialista y antilatifundista". "Las tareas históricas presentes en la revolución, por su contenido económico y social, son antiimperialistas, nacionaliberadoras, antilatifundistas, progresistas populares y democrá-

ticas. Las clases sociales que están objetivamente interesadas en la realización de esas tareas históricas, son los obreros, campesinos, las capas medias cubanas y la burguesía nacional". Pocas semanas después de esta "orientación" el gobierno de Fidel Castro, bajo la ola de ocupaciones de empresas y manifestaciones que estaban liquidando a la burguesía nacional, dictó los históricos decretos de octubre que liquidaron los fundamentos de esa clase social en Cuba, "interesada objetivamente", según Blas Roca, en la revolución. También aquí la posición defendida por el PSP. iba directamente contra el desarrollo de la revolución.